

Cuando el Sufrimiento No Termina: El Milagro que Cambió Todo | La Mujer del Flujo de Sangre

El sufrimiento prolongado: cómo acercarnos a Jesús en medio del dolor

Hay sufrimientos que permanecen ocultos durante meses e incluso años. Muchas personas continúan con sus responsabilidades cotidianas mientras llevan en silencio cargas que parecen no tener solución. Detrás de una sonrisa puede haber una enfermedad familiar, una situación laboral inestable, deudas persistentes, conflictos personales o una petición de oración que todavía no ha recibido la respuesta esperada.

El sufrimiento prolongado merece una reflexión profunda, tanto para quienes atraviesan momentos difíciles como para quienes desean comprender y acompañar el dolor de los demás. La Biblia presenta una historia que nos permite acercarnos a esta realidad desde la fe, la compasión y la esperanza. Se trata de la mujer del flujo de sangre, una mujer anónima cuya historia se encuentra en Marcos 5:25-34 y cuyo encuentro con Jesús transformó su experiencia de sufrimiento.

La mujer del flujo de sangre: doce

años de sufrimiento

Marcos 5:25-26 relata la historia de una mujer que padeció un flujo de sangre durante doce años. A lo largo de ese tiempo, buscó ayuda de muchos médicos, gastó todos sus recursos económicos y, en lugar de mejorar, su condición empeoró.

Doce años representan un periodo extraordinariamente largo. Un niño que hubiera nacido cuando comenzó su enfermedad habría llegado a la adolescencia cuando Jesús se cruzó en su camino. Durante más de una década, aquella mujer tuvo que levantarse y acostarse con el mismo problema, enfrentando la incertidumbre de no saber cuándo terminaría su sufrimiento.

El texto bíblico no afirma expresamente que hubiera perdido toda esperanza, pero sí describe una situación de agotamiento, pérdida económica y ausencia de soluciones. Había buscado ayuda, había invertido sus recursos y, aun así, no había encontrado alivio.

Esta historia nos recuerda que existen luchas que se prolongan mucho más de lo que imaginamos. Algunas personas viven durante años con enfermedades, conflictos familiares, dificultades económicas, batallas internas que nadie conoce o situaciones por las que oran constantemente sin percibir una respuesta. Cuando el sufrimiento se extiende, es fácil preguntarse cuánto tiempo más será necesario soportarlo.

Sin embargo, que una dificultad dure mucho tiempo no significa que debemos rendirnos ni que Dios nos haya olvidado. La historia de esta mujer nos invita a mirar más allá de la duración del problema y a considerar la posibilidad de acercarnos a Jesús incluso cuando nuestras fuerzas parecen haberse agotado.

El desgaste emocional del sufrimiento prolongado

El sufrimiento que se mantiene durante años puede desgastar profundamente a una persona. Las dificultades pasajeras suelen ser más fáciles de afrontar porque existe la expectativa de que pronto terminarán. Cuando un problema permanece, puede convertirse en parte de la rutina y llegar a sentirse como una normalidad de la que ya no es posible escapar.

Este desgaste puede provocar que una persona deje de buscar soluciones, pierda la ilusión o deje de pedir ayuda. No necesariamente ocurre por falta de fe, sino porque el cansancio acumulado puede hacer que incluso los esfuerzos más pequeños parezcan difíciles de realizar.

La mujer del flujo de sangre conocía bien esa experiencia. Había consultado a numerosos médicos, gastado sus recursos y soportado decepciones repetidas. Cada intento fallido pudo representar una nueva herida emocional, hasta acumular un profundo desánimo.

Es importante reconocer que el relato bíblico no condena la búsqueda de atención médica. Buscar tratamiento es una decisión legítima, necesaria y sabia. La historia muestra, más bien, la desesperación de una persona que había intentado encontrar alivio sin conseguirlo.

Cuando una dificultad se prolonga, es necesario reconocerla y ponerle nombre, sin permitir que determine nuestra identidad. También debemos buscar la ayuda adecuada y tomar decisiones responsables, aunque no podamos controlar todos los resultados. En medio de ese proceso, podemos seguir presentando nuestra situación ante Dios.

El Salmo 34:18 afirma que el Señor está cerca de los quebrantados de corazón y salva a los contritos de espíritu. Esta promesa nos recuerda que no necesitamos ocultar nuestro

dolor ni fingir que todo está bien. Podemos hablar con Dios con sinceridad, porque él conoce nuestra situación incluso antes de que encontremos las palabras para expresarla.

La esperanza tampoco debe depender exclusivamente de las experiencias pasadas. Haber sufrido decepciones no significa que el futuro tenga que ser idéntico. Aunque no sepamos cuándo cambiarán nuestras circunstancias, podemos continuar buscando apoyo, actuando con sabiduría y confiando en la presencia de Dios.

El miedo y la vergüenza que nos impiden acercarnos a Dios

Marcos 5:27-28 explica que la mujer había oído hablar de Jesús y decidió acercarse a él, convencida de que, si lograba tocar su manto, sería sanada. Se aproximó por detrás, entre la multitud, intentando pasar desapercibida.

Su condición tenía implicaciones religiosas y sociales. Según Levítico 15:25-27, el flujo de sangre prolongado estaba relacionado con las normas de impureza ritual, lo que podía afectar el contacto con otras personas y generar distancia social. Aunque el relato no describe todos sus pensamientos, este contexto ayuda a comprender las dificultades que podía afrontar.

El miedo y la vergüenza siguen siendo barreras importantes en la vida de muchas personas. Hay quienes ocultan sus problemas económicos para no preocupar a su familia, quienes disimulan sus conflictos personales para evitar preguntas y quienes atraviesan momentos de profunda tristeza mientras aparentan estar bien ante los demás.

A veces, creemos que debemos solucionar nuestros problemas antes de acercarnos a Dios, como si fuera necesario limpiar nuestra vida para presentarnos ante él. Sin embargo,

precisamente cuando estamos heridos, confundidos o agotados es cuando más necesitamos buscar ayuda.

La fe no exige que desaparezca todo temor antes de actuar. La mujer se acercó a Jesús a pesar de sus circunstancias y de la vulnerabilidad que experimentaba. Su historia nos recuerda que podemos dar un paso de fe incluso cuando todavía sentimos miedo.

Hebreos 4:15-16 nos invita a acercarnos con confianza al trono de la gracia, porque tenemos un sumo sacerdote capaz de compadecerse de nuestras debilidades. Esta invitación nos permite reconocer nuestras limitaciones sin fingir una fortaleza que no tenemos.

Podemos hablar con Dios en oración con honestidad, expresando aquello que nos duele y aquello que nos cuesta comprender. También podemos buscar a personas maduras y de confianza con quienes compartir nuestras cargas. La vergüenza tiende a aislarnos, pero abrir nuestro corazón ante alguien dispuesto a escuchar puede ayudarnos a encontrar acompañamiento y apoyo.

Acercarse a Jesús mediante una fe que actúa

La mujer del flujo de sangre no se limitó a pensar que Jesús podía ayudarla. Su confianza se manifestó en una acción concreta: se acercó a él y tocó su manto.

Marcos 5:29 relata que, inmediatamente, se secó la fuente de su sangre y ella sintió en su cuerpo que había sido sanada de su padecimiento. Después de doce años de sufrimiento, experimentó un cambio que no había conseguido mediante los tratamientos anteriores.

Esta escena muestra que la fe bíblica no se limita a una idea o a un sentimiento interior. También se expresa mediante decisiones y acciones. Acercarse a Dios, orar, buscar ayuda,

consultar a un profesional, procurar una reconciliación o cumplir con nuestras responsabilidades son maneras de avanzar mientras atravesamos situaciones difíciles.

En el idioma original, el término relacionado con la expresión «salva» abarca significados vinculados tanto con la sanidad como con la salvación. Esto permite apreciar la amplitud de la obra de Jesús, que no se limita a considerar un problema aislado, sino que se acerca a la persona en su totalidad.

Sin embargo, la fe no debe entenderse como una fórmula matemática según la cual una cantidad determinada de confianza garantiza un milagro inmediato. Esa interpretación puede causar un daño profundo a quienes continúan enfermos o atraviesan dificultades a pesar de orar con sinceridad.

La verdadera confianza consiste en acudir al Señor, depender de él y permanecer fieles incluso cuando no comprendemos lo que está sucediendo. La fe puede llevar a una persona a orar por su hijo enfermo y, al mismo tiempo, buscar atención médica, cuidar su descanso y aceptar el apoyo de otros.

No tenemos que resolver todos nuestros problemas en un solo momento. Podemos comenzar dando un paso correcto cada día, evitando que el miedo o el desánimo nos mantengan paralizados. La fe nos impulsa a acercarnos a Cristo y a actuar con responsabilidad, aunque no nos conceda el control sobre los resultados finales.

Jesús se detiene para escuchar nuestro dolor

Después de que la mujer tocó su manto, Jesús se detuvo y preguntó quién lo había tocado. Sus discípulos se sorprendieron ante la pregunta, porque una multitud lo rodeaba y muchas personas lo empujaban.

Jesús se dirigía a la casa de Jairo, cuya hija estaba

muriendo. La situación era urgente y cada minuto parecía importante. A pesar de ello, Jesús no ignoró a la mujer ni consideró aquel contacto como un simple accidente. Se detuvo para identificarla.

La mujer, consciente de lo que había sucedido, se acercó con temor y temblor. Se postró ante Jesús y le contó toda la verdad. Su historia incluía doce años de enfermedad, los intentos de encontrar una solución, los recursos que había gastado y el sufrimiento que había soportado.

Jesús la escuchó sin tratarla como una molestia. No la redujo a su enfermedad ni mostró impaciencia por el tiempo que necesitaba para contar su historia. En medio de una situación urgente, se detuvo para prestar atención a una persona que podía haber pasado inadvertida entre la multitud.

Esta actitud nos invita a reflexionar sobre nuestra manera de relacionarnos con quienes sufren. Con frecuencia tenemos prisa, juzgamos situaciones que desconocemos o intentamos ofrecer respuestas rápidas sin escuchar lo que la otra persona necesita expresar.

Un hijo que cuida a su padre anciano puede necesitar compañía y comprensión. Una vecina que atraviesa un duelo puede necesitar hablar de su pérdida sin que alguien intente apresurar su recuperación. Una persona que enfrenta dificultades económicas puede necesitar apoyo concreto, además de palabras de ánimo.

Gálatas 6:2 nos exhorta a sobrellevar las cargas los unos de los otros. Esto implica algo más que observar desde fuera o expresar una opinión. Significa acercarnos, escuchar con paciencia y ayudar a llevar una parte del peso.

La compasión se demuestra mediante acciones. Podemos elegir a alguien que esté atravesando una dificultad y dedicarle tiempo sin interrumpirlo, minimizar su dolor ni ofrecer consejos antes de comprender su situación. A veces, una escucha sincera

y una ayuda concreta pueden convertirse en un apoyo fundamental.

Jesús restaura la dignidad más allá de la enfermedad

En Marcos 5:34, Jesús se dirige a la mujer llamándola «hija». Esta palabra destaca en una historia en la que su padecimiento había ocupado un lugar central durante doce años.

Jesús no la trató como un simple caso clínico ni limitó su encuentro a lo que había ocurrido físicamente. Se dirigió a ella de manera personal y digna, reconociéndola más allá de su condición médica.

El relato no especifica cómo era la relación de la mujer con su familia ni permite afirmar que Jesús sanara todas sus posibles heridas emocionales. Sin embargo, sí muestra que él no la redujo a su enfermedad y que su interacción con ella incluyó palabras personales de reconocimiento y paz.

Esta enseñanza es importante porque podemos llegar a definirnos exclusivamente por nuestros problemas. Una enfermedad, un fracaso, un divorcio, una quiebra económica o un error del pasado pueden ocupar tanto espacio en nuestra vida que terminamos creyendo que eso es todo lo que somos.

También podemos cometer el error de mirar a los demás de la misma manera. Cuando conocemos las dificultades de alguien, existe el riesgo de identificarlo únicamente con su situación actual y olvidar sus cualidades, su historia y su dignidad.

La mirada de Jesús nos invita a reconocer a la persona que existe más allá del problema. Podemos admitir que alguien está atravesando una situación difícil sin permitir que esa circunstancia determine todo nuestro juicio sobre su vida.

Por eso, conviene preguntarnos si nos definimos únicamente por

nuestras luchas o si hacemos lo mismo con quienes nos rodean. El sufrimiento forma parte de la experiencia humana, pero no debe convertirse en el único criterio para comprender nuestra identidad ni la de los demás.

¿Por qué Jesús hizo público el milagro?

Después de sanar a la mujer, Jesús podría haber permitido que se marchara sin llamar la atención. Sin embargo, decidió preguntar quién lo había tocado y esperó hasta que ella se presentara.

Esta decisión puede comprenderse mejor al considerar el contexto de Levítico 15:25-27, donde se describen las implicaciones rituales de un flujo de sangre prolongado. La condición de la mujer podía marcar su relación con la comunidad y generar restricciones sociales.

El propósito de Jesús al hacer público lo sucedido no fue avergonzarla, sino permitir que su historia fuera conocida. Según Lucas 8:47, la mujer explicó delante de todos por qué había tocado a Jesús y cómo había sido sanada inmediatamente.

Su testimonio permitió que lo ocurrido no permaneciera como una experiencia privada y desconocida. La multitud pudo escuchar su relato y conocer el cambio que se había producido en su condición. La mujer que había intentado acercarse en silencio pudo hablar abiertamente de lo sucedido.

Lo que antes había sido una fuente de vergüenza se convirtió en un testimonio compartido. La mujer pasó de acercarse por detrás, intentando pasar desapercibida, a presentarse ante Jesús y contar su historia.

Esta parte del relato nos recuerda que el dolor que hemos ocultado durante mucho tiempo no tiene por qué definir nuestra vida para siempre. Compartir una experiencia puede ayudarnos a

encontrar comprensión y a mostrar a otros que es posible atravesar momentos difíciles sin perder toda esperanza.

No todas las historias personales deben hacerse públicas, ni todas las personas están preparadas para compartir sus experiencias con una multitud. La enseñanza central no es que debamos revelar nuestra intimidad indiscriminadamente, sino que nuestra dignidad no depende de mantener una apariencia de perfección y que podemos encontrar espacios seguros donde hablar con sinceridad.

Cuando el dolor continúa y la respuesta no llega

La historia de la mujer del flujo de sangre termina con su sanidad, pero no todas las experiencias de sufrimiento concluyen de la misma manera ni en el mismo tiempo. La Biblia también presenta situaciones en las que las dificultades persisten a pesar de la fe y la oración.

En 2 Corintios 12:9, el apóstol Pablo relata que, ante su petición de ser liberado de una aflicción, recibió esta respuesta del Señor: su gracia era suficiente y su poder se perfeccionaba en la debilidad.

Este pasaje nos recuerda que la persistencia de una enfermedad no debe interpretarse automáticamente como una falta de fe. Afirmar que una persona continúa sufriendo porque no ha creído lo suficiente puede añadir culpa a un dolor que ya es difícil de soportar.

La oración y la atención médica no son incompatibles. Una persona puede confiar en Dios, seguir un tratamiento profesional y recibir acompañamiento de su comunidad de fe. Buscar ayuda no significa abandonar la confianza espiritual, sino reconocer las distintas formas en que podemos afrontar una situación.

Romanos 12:12 invita a vivir gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación y constantes en la oración. Esta enseñanza no exige negar el dolor ni fingir que todo está bien. Nos anima a perseverar incluso cuando todavía no vemos una solución.

Es posible continuar sirviendo a Dios dentro de nuestras limitaciones, aceptar el apoyo de otros creyentes y aprender a descansar en su gracia. También es posible experimentar tristeza, cansancio o incertidumbre sin que eso signifique que nuestra fe ha desaparecido.

La fe profunda no garantiza una vida libre de sufrimiento. Significa que podemos continuar confiando en Dios incluso cuando nuestras circunstancias no han cambiado y cuando sus caminos siguen siendo difíciles de comprender.

Tres decisiones prácticas para afrontar el sufrimiento

La primera decisión consiste en no permitir que el cansancio, el miedo o la vergüenza nos impidan acercarnos a Dios. Podemos buscar su presencia en la intimidad de nuestra habitación, en un momento de silencio o mediante una oración sencilla y sincera. No necesitamos esperar a sentirnos fuertes para comenzar.

La segunda decisión es actuar con responsabilidad en aquello que está bajo nuestro control. Podemos orar y, al mismo tiempo, buscar ayuda, solicitar una cita médica, revisar nuestras cuentas, realizar una llamada pendiente o pedir perdón cuando sea necesario. Nuestra responsabilidad consiste en dar los pasos que nos corresponden, dejando los resultados finales en manos de Dios.

La tercera decisión es practicar la compasión de manera concreta. En lugar de limitarnos a hablar sobre la importancia

de ayudar a los demás, podemos detenernos, escuchar y acompañar a alguien que esté atravesando una dificultad. Un gesto específico, como ofrecer ayuda en un día y una hora determinados, puede ser mucho más significativo que una promesa general.

Estas decisiones no garantizan que todos los problemas desaparezcan de inmediato. Su propósito es ayudarnos a afrontar el sufrimiento sin aislarnos, sin abandonar nuestras responsabilidades y sin perder de vista nuestra relación con Dios y con los demás.

Cinco pasos para aplicar esta enseñanza en la vida diaria

El primer paso es identificar la carga que llevamos desde hace más tiempo y ponerle nombre. Podemos escribirla en un papel con sinceridad, sin intentar justificarla ni encontrar inmediatamente una solución. Reconocer lo que nos sucede es una manera de dejar de ocultarlo, al menos ante nosotros mismos.

El segundo paso consiste en dedicar cinco minutos a hablar directamente con Dios. Podemos expresar lo que sentimos, explicar nuestras preocupaciones y reconocer nuestros temores sin adornar las palabras. Así como la mujer del flujo de sangre contó toda la verdad ante Jesús, nosotros también podemos acercarnos con honestidad.

El tercer paso es buscar a una persona de confianza, como un pastor, un amigo maduro o un familiar con quien podamos compartir nuestra situación. No tenemos que afrontar todas las dificultades en soledad. Hablar con alguien que escuche sin juzgar puede ayudarnos a encontrar perspectiva, acompañamiento y apoyo.

El cuarto paso es realizar una acción responsable y concreta.

Puede tratarse de programar una cita médica, revisar nuestras finanzas, hacer una llamada pendiente, pedir perdón o iniciar una conversación necesaria. En lugar de esperar a tener un plan perfecto, podemos comenzar con una acción pequeña y posible.

El quinto paso es detenernos para ayudar a alguien que esté sufriendo. Podemos elegir a una persona específica, escucharla sin prisas ni interrupciones y evitar ofrecer consejos antes de comprender su situación. Si necesita apoyo práctico, podemos proponer una ayuda concreta con un momento definido.

Estos cinco pasos nos invitan a pasar de la reflexión a la acción. Nos ayudan a reconocer nuestras cargas, buscar a Dios con sinceridad, aceptar el apoyo de otras personas, cumplir con nuestras responsabilidades y convertir la compasión en una práctica cotidiana.

Una oración para los momentos de sufrimiento prolongado

Señor Jesús, ayúdame a acercarme a ti con sinceridad, especialmente cuando el sufrimiento se prolonga y me resulta difícil mantener la esperanza. Enséñame a presentarte mis cargas sin esconder mis temores ni fingir una fortaleza que no tengo.

Líbrame de la vergüenza que me lleva a aislarme y ayúdame a reconocer que puedo buscar tu presencia aun cuando mi vida esté llena de preguntas. Enséñame a confiar en ti sin exigirte que las cosas sucedan exactamente como yo deseo. Dame sabiduría para buscar ayuda, fortaleza para perseverar y humildad para reconocer mis necesidades.

Abre mis ojos para ver a quienes sufren a mi alrededor. Enséñame a escuchar sin juzgar, a acompañar con paciencia y a demostrar amor mediante acciones concretas. Ayúdame a ser un

instrumento de consuelo en mi hogar, en mi trabajo y en mi iglesia.

Recuérdame que puedo acudir a ti incluso cuando no comprendo lo que sucede y que puedo descansar en tu gracia sin negar mi dolor.

También te pido que me enseñes a confiar en tu voluntad y en tu plan, incluso cuando los resultados no coincidan con mis deseos. Que mi fe no dependa únicamente de creer que puedes hacer milagros, sino también de aprender a confiar en ti cuando tus caminos me resultan incomprensibles.

Amén.

Confiar en Dios incluso cuando no comprendemos sus caminos

La historia de la mujer del flujo de sangre nos recuerda que Jesús puede detenerse en medio de una multitud para atender a una persona que lleva años sufriendo. Durante doce años, aquella mujer buscó alivio sin encontrarlo, hasta que tuvo un encuentro con Jesús que cambió su situación.

Sin embargo, la enseñanza de este relato va más allá de la sanidad física. También nos muestra la importancia de acercarnos a Dios con sinceridad, reconocer nuestras debilidades, aceptar ayuda y recordar que nuestra identidad no está determinada exclusivamente por aquello que nos duele.

No podemos prometer que todos los problemas desaparecerán inmediatamente ni que cada oración tendrá la respuesta que esperamos. Sí podemos recordar que el sufrimiento no tiene por qué llevarnos al aislamiento y que la fe puede ayudarnos a seguir adelante mientras buscamos soluciones y recibimos apoyo.

La historia termina con Jesús llamando «hija» a aquella mujer

y diciéndole que se vaya en paz. Después de tantos años marcada por su padecimiento, recibió un trato personal que reconocía su dignidad.

Quizá hoy estés atravesando una situación que lleva demasiado tiempo sin resolverse. Tal vez estés cansado de intentarlo, tengas miedo de hablar sobre lo que te ocurre o no sepas qué hacer a continuación. Puedes comenzar con un paso pequeño: acercarte a Dios con sinceridad, compartir tu carga con alguien de confianza o tomar una decisión responsable que te ayude a avanzar.

Y si conoces a alguien que sufre en silencio, recuerda que no siempre necesita una respuesta inmediata. A veces necesita que alguien se detenga, escuche su historia y permanezca a su lado.

Que la historia de la mujer del flujo de sangre nos enseñe a confiar en Jesús en medio de nuestras dificultades y a tratar a quienes sufren con la misma dignidad, paciencia y compasión que encontramos en su encuentro con ella.

Integra una introducción más directaReduce repeticiones sobre la fe